

Hoy escribe **JAIME GUZMAN**

Consenso y fortaleza democrática

AL reconocer su derrota electoral, Walter Mondale afirmó textualmente:

"hace pocos minutos llamé al Presidente de Estados Unidos y le congratulé por su victoria. El ha ganado. Todos nosotros somos estadounidenses. El es nuestro Presidente y a él le honramos esta noche".

Y luego de expresar su gratitud a quienes lo habían apoyado, Mondale agregó:

"Esta noche disfrutamos de nuestra democracia, disfrutamos la libertad de un pueblo maravilloso y aceptamos su veredicto".

Más de alguien podría —fácil pero engañosamente— limitarse a ver en ello un simple gesto de hidalguía personal, convertido en tradición dentro de la vida cívica norteamericana. De ahí al error de desprender que ello resulta trasladable a cualquier otro país, con similar perdurabilidad y eficacia, no hay más que pequeño trecho.

En efecto, no se trata allí de pura hidalguía ni de meros actos de voluntad de una dirigencia política. Detrás de ello hay toda una realidad socio-

cultural y socioeconómica que lo explica y le otorga fortaleza.

Cuando Mondale dice que "todos somos norteamericanos" no alude sólo a un factor jurídico ni menos a simples vínculos primarios o atávicos a que muchos circunscriben la nacionalidad. Por el contrario, dentro de un país de múltiples minorías pluralistas en los más variados sentidos, ser norteamericano ha llegado a tener el significado mucho más sólido y hondo de compartir ciertas creencias y valores que dan fisonomía a una convivencia, a una forma de vida que todos aprecian y que ningún actor o porcentaje significativo de la ciudadanía estadounidense aspira a cambiar.

La fe en Dios; el culto a la libertad; el respeto por la democracia; el orgullo de ser un país capitalista; el con-

"Ser norteamericano tiene el significado de compartir creencias y valores que configuran una forma de vida que todos aprecian y nadie pretende cambiar radicalmente..."



vencimiento de que la iniciativa individual y la propiedad privada son proyecciones de la libertad y palancas del progreso y, en fin, la conclusión de que el anticomunismo representa una consecuencia necesaria de todo lo anterior, ejemplifican algunos de los rasgos que cada norteamericano siente como legado de sus "padres fundadores" y elementos aglutinantes de su ser nacional.

EN ese consenso reside la base de la solidez política que enorgullece a Estados Unidos. Pero lo esencial es comprender que ella se ha forjado a través de una larga his-

toria, en la cual el advenimiento de la moderna sociedad de masas encontró a la generalidad de los habitantes de esa nación con un efectivo compromiso respecto de un sistema de cuyos beneficios espirituales y materiales todos se sienten partícipes y, por ende, defensores.

Eso explica que en las elecciones políticas norteamericanas nunca se ponga en juego las bases de la forma de vida que caracterizan a ese país. Y por eso mismo todos aceptan su veredicto, en un ambiente en que incluso predomina lo alegre y fraternal, expresivo de que nadie se considera **vitalmente** amenazado por el resultado electoral.

Cuando, por el contrario, la falta de ese consenso básico lleva a que en las elecciones se decida entre formas de vida radicalmente contrapuestas —como continuar siendo un país soberano y democrático o pasar a ser un Estado marxista y satélite de la Unión Soviética— la democracia se torna forzosamente precaria e inestable. Y la fuerza asoma entonces como el último recurso o el supremo árbitro de las contiendas que nadie acepta entregar el mero veredicto de una mayoría electoral.

MAS que aspirar a la simple imitación de lo ritual, el desafío de una democracia reside entonces en forjar el consenso social sólido que le sirva de cimiento estable y de motor eficaz.

La Seg. 9-XI-84